

Martí y Neruda unidos por la República Española

Mercedes Serna Arnaiz

Detenido como sospechoso de conspiración contra el gobierno español, José Martí es condenado, en 1869, a seis años de presidio en las canteras de San Lázaro, aunque gracias a la intervención de su padre será enviado, tras seis meses de trabajos forzados, a la isla de Pinos y de allí, en 1871, deportado a España. A su llegada, Martí tropezará con el reinado de Amadeo I de Saboya, y con la proclamación, poco después, de la I República, que había sido ofrecida al pueblo por los diputados afines, el 10 de febrero, con la idea de «salir triunfantes o con la proclamación de la República o muertos». Martí, esperanzado por las promesas de progreso del nuevo gobierno y recordando su colonizada patria, participó de la alegría del pueblo ondeando la bandera cubana. Cuenta Nicolás Heredia que al día siguiente, en el balcón de la modestísima posada de la calle Concepción, ondeó por primera vez en la capital de España una enseña imprevista: «el pueblo la miró con extrañeza, mas sin ira; pocos sabían en verdad, que se trataba de la bandera de Cuba libre»¹.

Con este espíritu aparecía, el 15 de febrero de 1873, el opúsculo martiano «La República española ante la revolución cubana», escrito con motivo de la proclamación de la Primera República en España. Su instauración había hecho abrigar al cubano ciertas esperanzas sobre la futura libertad de su pueblo, manifestando en dicho folleto el deseo de independencia de Cuba y saludando abiertamente al nuevo sistema de gobierno en tanto éste significase el derecho a la autodeterminación de los pueblos y a la forja de las libertades.

¹ Guillermo Zendegui: *Ámbito de Martí*, La Habana, 1954.

Condenaba Martí la actitud del gobierno frente a la situación cubana, su política decrepita, las ambiciones monárquicas y su sistema anticuado; elogiaba, en cambio, las aspiraciones de los republicanos activos encabezados por Salmerón y Ruiz Zorrilla. Sin embargo, la República no acabaría por cuajar, y Martí habría de vivir así el desconcierto político y su declive agónico, ya que ni Castelar —que entregó la República a la Monarquía, según Martí—, ni Salmerón, ni Figueras cumplirían las prometidas reformas de justicia para las colonias. Perdía así Martí la fe en los hombres que lucharon por la República, y veinte años más tarde, en el *Manifiesto de Montecristi*, arremetía contra el inepto y corrupto gobierno de España.

En agosto de 1933, Pablo Neruda se halla en Buenos Aires, donde ha sido designado cónsul. Y será en casa de Pablo Rojas Paz donde conozca a Federico García Lorca, con quien sostiene un diálogo al alimón en un acto público de homenaje a Rubén Darío. El 5 de mayo de 1934 viaja a Barcelona en calidad de cónsul, y el 3 de febrero de 1935 se trasladará a Madrid². Neruda amará España y, en especial, Andalucía, cuna de sus amigos García Lorca, Alberti, Altolaguirre, Aleixandre, Cernuda y José Caballero.

Neruda vivió el florecimiento de la Segunda República en 1934. Con estas palabras, tan esperanzadas como las de Martí, evocará su llegada a Madrid:

Llegué, pues, en un momento único para mí. Significaba para un americano, ni más ni menos, asistir al nacimiento de una República que esperábamos con tanto afán. Esta República había hecho desaparecer a los escarabajos de la monarquía y traía consigo al hombre limpio y nuevo: una nueva conciencia».³

Como había hecho Martí, Neruda luchará —junto a Alberti y otros poetas españoles— por la supervivencia de la República y la derrota de la monarquía.

² El 15 de septiembre de 1935 aparece, en «Ediciones del Árbol de Cruz y Raya», *Residencia en la tierra*. En octubre sale en Madrid la revista «Caballo verde para la poesía», dirigida por Pablo Neruda.

³ En Emir Rodríguez Monegal, *Neruda, El viajero inmóvil*, Barcelona, Laia, 1985, p. 73.

El 18 de julio de 1936 estalla la Guerra Civil española. Neruda, en medio de estos acontecimientos, escribe *España en el corazón* y edita el opúsculo *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*, publicado ese mismo año en Madrid. Destituido de su cargo consular, viajará a Valencia para participar en el Segundo Congreso de escritores, desde donde posteriormente habrá de trasladarse a París.

Hay en Martí y Neruda un sentimiento ambivalente hacia España. Ambos muestran su hispanofilia cuando se trata de la España de Cervantes, la de la República, la liberal y progresista, la España de los comuneros, la que vive desangrada. Ambos percibieron, durante su estancia en la Península, la dualidad hispánica, cuyos orígenes se remontan al siglo XVIII. Martí describe de forma diáfana la oposición entre la España tradicionalista o conservadora y la liberal o progresista:

Lenta y magnífica batalla entre una época de gloria militar, dominio de castas y provecho ilegítimo de pocos, y una época de gloria del trabajo, gobierno de la razón libre, y provecho de todos los hombres trabajadores.⁴

Martí amó la España de los comuneros y del pueblo de Zaragoza y lo expresó en sus *Versos sencillos*. Neruda expresa su apoyo a la España republicana en *España en el corazón*. En 1939, Neruda habla de España como la madre de todos los hispanoamericanos, «la desangrada madre de nuestra sangre», «la madre inmensa» y pide, «españoles a América, españoles a las tierras que ellos entregaron al mundo».

En los últimos años de su vida, Martí fue endureciendo las críticas y los ataques contra la situación española, calificando el carácter de su política de «rudimentario y venal», arremetiendo contra la ignorancia y los hábitos despóticos de la nación y contra los lastres sociales y culturales que padecía su Isla por culpa de España. «De España hemos de ser independientes» —señala—, «y de la ignorancia en que España ha dejado a nuestro campesino

⁴ En *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 14, p. 94.

precoz, y al cubano de padre de África. Y de los vicios sociales, tales como el despotismo y la soberbia de nuestra opinión, la falta de respeto a la opinión ajena, y el indómito señorío que (...) queda, como trastorno principal de la república naciente, en dos países compuestos para la esclavitud, moldeados, desde la uña hasta el pelo, sobre ella».

Mientras el pensamiento positivista, haciendo un flaco favor a Hispanoamérica, reconocía, implícitamente, la inferioridad de América Latina frente a los EE.UU., Martí señalará las virtudes autóctonas de lo que él denomina «Nuestra América». Disolverá la falsa antinomia civilización-barbarie, con su idea de la naturaleza versus falsa erudición. Las raíces de su indigenismo militante pueden hallarse en el siguiente discurso, fechado en 1877, donde arremete contra la Conquista española:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia.

Neruda expresa idénticos sentimientos en *Canto general* cuando recuerda al conquistador codicioso, al cacique y explotador español, al sacerdote rapaz. El despotismo y la esclavitud que critica Martí son los que rememora con amargura Neruda en *Canto general*, donde España no es la madre patria sino la patria imperialista.

El fervor por los clásicos españoles, no obstante, se mantiene indeleble en Martí y en Neruda. Quevedo está en *Residencia en la tierra* como Cervantes está Martí. Éste sobrellevó la soledad de su vida en Madrid gracias a la lectura de los clásicos. Neruda descubrirá también en Madrid a los escritores del Siglo de Oro. Años más tarde, al evocar su vida en la capital española, el chileno los recordará como un oasis vital:

España es seca y pedregosa, y le pega el sol vertical sacando chispas de la llanura, construyendo castillos de luz con la pol-

vareda. Los únicos verdaderos ríos de España son sus poetas; Quevedo con sus aguas verdes y profundas, de espuma negra; Calderón con sus sílabas que cantan; los cristalinos Argensolas; Góngora, río de rubíes.⁵

Pero la hispanofilia de ambos no sólo se manifiesta en la admiración por los escritores clásicos y, en el caso de Neruda, por los miembros de la generación del 27. En 1937, Neruda funda en París con César Vallejo el «Grupo hispanoamericano de ayuda a España». Regresa a Chile y funda la «Alianza de Intelectuales para la defensa de la cultura». En el frente de batalla de Barcelona, en plena guerra civil, se publica *España en el corazón*. En 1939, nombrado cónsul para la emigración española, realizará gestiones a favor de los refugiados españoles, a quienes embarca en el Winnipeg que llega a Chile en septiembre de 1939⁶:

La guerra de España ha terminado mal y los millares de heroicos combatientes que se refugian en Francia son maltratados por el Gobierno francés, que cede a las presiones reaccionarias. Neruda no puede soportarlo. A pesar de tener una pierna enyesada a raíz de una operación, sale de su recién emprendido retiro y habla con el Presidente Aguirre Cerda, para exponerle el plan que acaba de madurar en su aflicción. Y el Presidente, que lo recibe con cariño, le dice: «Tráigame millares de españoles, tenemos trabajo para todos. Tráigame pescadores, tráigame vascos, castellanos, extremeños». Enyesado, parte Neruda a Francia nombrado cónsul para la inmigración española.

Las estrechas relaciones de Neruda con España y en concreto con García Lorca, Alberti, Machado, Altolaguirre, Aleixandre, José Caballero, Cernuda, Pedro Garfias y otros integrantes de la «Generación del 27» contribuyeron también a la gesta del «Winnipeg». Escribió para los refugiados españoles «Chile os acoge» y trabajó, venciendo dificultades diplomáticas, hasta lograr embar-

⁵ Véase en Neruda, *el viajero inmóvil*, ob. cit., p. 76.

⁶ Margarita Aguirre, *Las vidas de Pablo Neruda*, Buenos Aires, Grijalbo, 1973, p. 170.

car a más de dos mil refugiados que llegaron a Chile en el barco francés Winnipeg, a fines de 1939. Para Neruda, la gesta del Winnipeg fue el «mejor poema que había realizado».

En el caso de Martí su actitud hacia España es llamativa porque a pesar de vivir en la España colonialista, su ética intachable no le permitió caer en el odio visceral. Más bien al contrario, a Martí le dolía tanto la situación española que, en sus crónicas, propuso métodos y medidas para sacarla del atraso que padecía en relación a otros países europeos⁷. Como los krausistas españoles y los escritores de la Generación del 98, como los regeneracionistas, trató de los males concretos que acuciaban a España –la apatía, la indiferencia, la ineficacia administrativa, los problemas agrarios– y del retraso general en que se hallaba. Asimismo, criticó la situación de penuria de las capas bajas y no se olvidó de reconocer las virtudes espirituales del «sobrio y espiritual pueblo de España», virtudes que iban a redescubrir Neruda, Machado o Vallejo. Como indica Enrique Krauze, en 1898, tras la guerra de Cuba, muchos escritores de la América española comenzaron a integrar otra Generación del 98 formada por autores como José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos o Alfonso Reyes. Todos ellos imaginaron la «utopía de América», la unión moral de los pueblos hermanos, hijos todos de la Madre Patria y reconciliados con ella en los valores de la cultura y el idioma». Tal actitud se inicia con José Martí y tiene su continuación con Neruda. Martí y Neruda sostuvieron el proyecto político panamericano ideado por el positivista y liberador Simón Bolívar. Es interesante, al respecto, cotejar las ideas martianas sobre Bolívar con los textos nerudianos sobre dicha figura, especialmente con el «Canto a Bolívar».

Neruda viajaría a Cuba, por primera vez, en abril de 1942. En Julio de 1966 fue a los Estados Unidos en calidad de invitado de honor del PEN Club Internacional, concretamente en el «Centro de Poesía» de Nueva York. Allí leyó su poesía épica, lírica y antiimperialista⁸. Neruda, entre otros, recitó el poema «United Fruit», panfleto lírico contra el colonialismo norteamericano.

⁷ José Martí, ob. cit., t. XIV, p. 140.

⁸ Véase Margarita Aguirre, *Las vidas de Pablo Neruda*, ob. cit., págs. 262 y siguientes.

El imperialismo que condena Neruda es el que Martí, también desde el corazón del capitalismo, previó ya a finales de siglo XIX, y contra el que ya había alertado, a través de las crónicas periódicas, a sus compatriotas.

A pesar de la indudable actitud antiimperialista de Neruda, algunos intelectuales cubanos, tras la visita que éste hiciera a Nueva York, escribieron una carta en la que criticaban las actividades personales del escritor chileno y le acusaban de dejarse comprar por los imperialistas. La reacción de Neruda fue no volver a Cuba, aunque seguiría defendiendo la revolución cubana «a pesar de sus Caínes literarios».

Neruda previamente había escrito a raíz de la entrada de Fidel Castro a la Isla: *Canción de gesta* (1958-1968). En el prólogo explica cómo el libro pretendía originariamente escribirse en torno a Puerto Rico pero que después creció con los acontecimientos vividos en Cuba. Está dedicado a «Fidel Castro, a sus compañeros y al pueblo cubano»; a todos aquellos que combaten por la libertad y la verdad siempre amenazada por los Estados Unidos de América del Norte. Se trata de un panfleto revolucionario que refleja la lucha política de Neruda. En *Canción de gesta*, Neruda narra la historia de Cuba desde la independencia encabezada por Martí hasta su situación actual con Fidel Castro como líder.

En el prólogo a la tercera edición uruguaya de *Canción de gesta*⁹, o en su autobiografía *Confieso que he vivido. Memorias*, arremeterá contra los que redactaron o firmaron aquella carta: Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier. El cónsul chileno Jorge Edwards también dio testimonio del incidente en sus libros *Persona non grata* y *Adiós poeta*.

⁹ Véase *Obras completas, De Odas elementales a Memorial de Isla Negra*, edición de Hernán Loyola, con el asesoramiento de Saúl Yurkievich, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999, pág. 922. «Juicio Final», ibídem, p. 972: «A uno conocí, cínico negro/ disfrazado hasta el fin de camarada:/éste de cabaret en cabaret/ ganó en París las últimas batallas/ para llegar campante como siempre/ a cobrar sus laureles en La Habana//. Y a otro conocí neutral eterno,/que huyendo de los nazis como rata/ se portó silencioso como un héroe/ cuando era su voz más necesaria// Y otro tan retamar que despojado/ de su fernández ya no vale nada/ sino lo que les cuesta a los cubanos/ vendiendo elogios y comprando fama//.»

En restitución de lo ocurrido y con motivo del trigésimo aniversario de la muerte de Neruda –septiembre de 2003–, Cuba le rindió homenaje ensalzando la dimensión social de su obra y la coherencia de su lucha por la independencia de los pueblos.

Ni para Martí ni para Neruda fue fácil combinar la lucha revolucionaria o el compromiso político con la vocación literaria, máxime dadas las dramáticas circunstancias históricas que vivieron. Las vidas de Martí y Neruda estarán siempre relacionadas con la vocación social y la misión revolucionaria.

Prueba de ello serán las declaraciones de Neruda al diario *El Siglo* de Santiago, el 28 de febrero de 1943, donde afirmaba que

Toda creación que no esté al servicio de la libertad en estos días de amenaza total, es una traición. Todo libro debe ser una bala contra el Eje: toda pintura debe ser propaganda: toda obra científica debe ser un instrumento y arma para la victoria¹⁰.

Así, la poesía deviene compromiso ético y moral. Como leyó Neruda en el discurso pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Nobel de Literatura, en 1971, «la poesía no habrá cantado en vano».

Ni Martí ni Neruda aceptaron el fatalismo o el pesimismo históricos, ni el escepticismo o la culpa. Ambos transmutaron la desdicha y el espanto –leyes fatales y ásperas– y fundaron positivamente. Para Neruda, el poeta debía cumplir con su misión: la construcción de la sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre. El poeta debía incorporarse a la lucha y «sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes llegaremos a restituirle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando en cada época nosotros mismos».

Y tanto Martí como Neruda evolucionaron hacia una poesía popular. ¡Qué mejor ejemplo que los *Versos sencillos* (1891), que los sigue hoy cantando el pueblo sin saber que fueron escritos por José Martí! Respecto a Neruda, y como señala Rodríguez Monegal, tras la Guerra Civil española, descubrirá «la presencia del

¹⁰ En *Las vidas de Pablo Neruda*, ob. cit., p. 173

pueblo hecho de gente olvidada por la poesía y revertirá, entonces, una poesía cada día más oral»¹¹.

Martí y Neruda habían escrito libros poéticos alejados de la colectividad: el cubano, sus hirsutos y encrespados endecasílabos *Versos libres*, poesía urbana y dolorosa, profundamente subjetiva; el chileno, su agónica y «anglosajona» *Residencia en la tierra*. Por fidelidad a la misión revolucionaria o el compromiso en la humanidad –el poeta se debe al pueblo–, ambos se irán decantando hacia una poesía popular que hable el lenguaje de los hombres, de formas sencillas, en donde resuene la voz cotidiana del pueblo y en comunicación directa con éste. Las *Odas elementales* (1954) –también *Estravagario* incide en el tono popular–, en el caso de Neruda, y los *Versos sencillos*, en el caso de Martí, son el resultado de un proceso similar. Ambos autores sienten ahora la necesidad de acercarse a la sencillez. Como afirmará Martí en su prólogo, «poner el sentimiento en formas llanas y sinceras», o, como expresará Neruda en la «Oda al hombre sencillo»: «mi obligación es ésa:/ ser transparente».

Versos sencillos y *Odas elementales* incidirán en la misión del poeta, en la confianza en la justicia social, en la esperanza de una sociedad sin clases. Son patrióticos y morales, guerreros, de afirmación en la vida y confianza en el futuro. El verso de raíz popular o el lenguaje sencillo predomina en los *Versos sencillos*, si bien, tras estas formas populares, se esconden algunos de filiación conceptual compleja. También las *Odas elementales* parten de la naturaleza, de lo elemental, para llegar a lo universal del hombre. Uno y otro libro se inscriben, desde el punto de vista filosófico, en el panteísmo y el trascendentalismo, en la escala universal evolutiva y transformadora que va de lo ínfimo a lo elevacional, en la ley universal de analogía.

En 1971, Neruda cerraba su discurso pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Nobel de literatura, con este mensaje «revolucionario»:

En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los extranjeros, a los poetas, que el entero porvenir fue expre-

¹¹ En *Neruda, el viajero inmóvil*, ob. cit., p. 90.

sado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano¹².

Palabras que bien hubieran podido desgajarse del histórico ensayo «Nuestra América», de Martí **C**

¹² Pablo Neruda, *Para nacer he nacido*, Barcelona, Club Bruguera, 1980, p. 458.